

con el rey y la reina, de la que guarda un especial recuerdo. "Todo el protocolo de Cancillería y todo el protocolo de todos los protocolos se sentían morir" (sic), afirma cuando rememora su anécdota con la Reina Sofía. "Yo integraba la Comisión de Relaciones Exteriores, no la presidía aún, y los reyes llegaron a la cumbre de jefes de estado iberoamericanos. En el hotel estuvimos en tercera fila varios congresistas, pero vi que antes de los jefes de estado ingresaron Eliane Karp y la reina. Estaban a cuatro metros de mí y le digo a mis colegas: 'a que me levanto, la saludo y la beso'. Ellos no me creyeron".

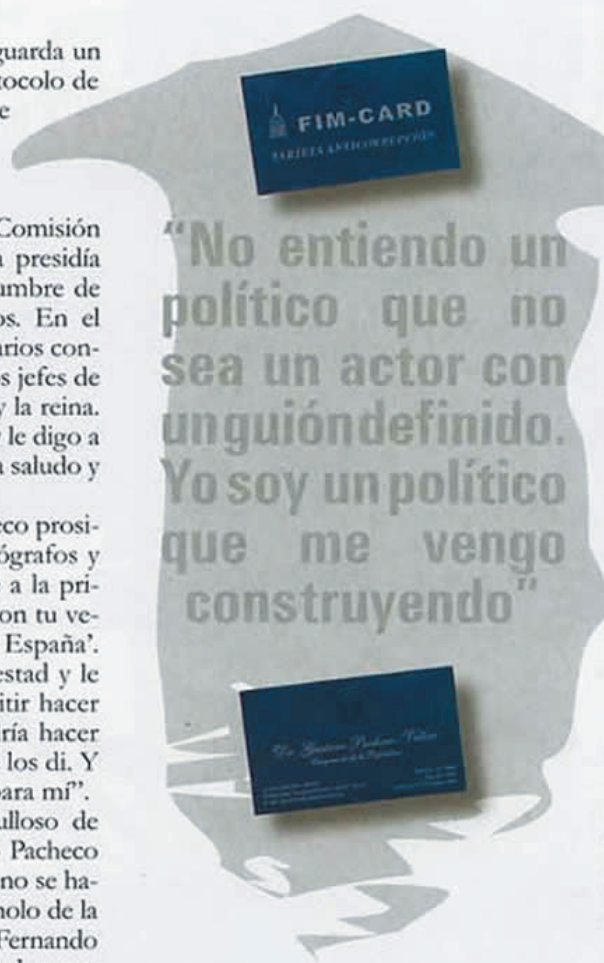
Con una sonrisa pícaro, Pacheco prosigue: "Habían quinientos camarógrafos y yo me levanté, caminé y saludé a la primera dama. Le dije: 'Primera, con tu venia voy a saludar a la Reina de España'. Me planté enfrente de Su Majestad y le dije: 'Majestad, me voy a permitir hacer en mi república lo que no podría hacer en su reino, darle dos besos'. Se los di. Y fui correspondido, alto honor para mí".

Como un niño travieso orgulloso de su hazaña, don Gustavo Adolfo Pacheco Villar, el único, narra que ese día no se hablaba de otra cosa en Lima. El cholo de la puna había besado a la reina. "Fernando Olivera me preguntó si era verdad y muchos de mis colegas me dijeron que me debía disculpar, pero yo les dije que jamás". Acto seguido, en súbito arrebató, dice con acento español: "Ustedes no saben lo que es besar y ser besado por una reina griega. ¿Qué queréis? ¿Que me disculpe? No lo verán vuestros ojos".



Habla con Dios. Sí, tal como se lee. Pacheco se ve a sí mismo como alguien especial y asegura que el Supremo charla con él permanentemente. "Yo creo que Dios nos maneja y nos inventa, y a algunos nos encarga el hermoso papel de ayudar al otro. En la vida siempre me ha ido bien, porque me dejó llevar por Dios, nunca contradigo un mensaje divino". Con esta visión determinista del mundo, la falta de responsabilidad y de sentido en sus actos es comprensible.

Pacheco es un entretenido rompecabezas. Es difícil tomarlo en serio. Para él la vida es un tabladillo. "No entiendo un político que no sea actor con un guión definido. Soy un político que me vengo construyendo, he ido construyendo un personaje dentro de mí". Podría ser tomado como una simpática broma, sino fuera que ocupa un cargo de legislador.



Este personaje suele ser soberbio y grandilocuente, exagerado y temerario, como cuando describe un irreal hecho de su vida universitaria. "El APRA llegó al poder en el año 85 y secuestró mis documentos, quemó mis actas académicas, fue una salvajada brutal. Ese partido tenía un comando de aniquilamiento que se llamaba Rodrigo Franco y yo impedí que mi universidad cayera en manos del

APRA. Eso fue pagado de esta forma: Quemaron literalmente las actas de todo mi salón, de toda mi aula, para así aducir que yo no había estudiado jamás.

Nueve meses después busqué a cada profesor. Hubo mucha gente que me ayudó a reconstruir las actas".

¿En esa reconstrucción de notas habrá aprobado?

El hombre que estudió en Salamanca, que ha besado a una reina y que ha merecido el saludo de un rey, de pronto no tiene problemas en definirse como un sargento de la política, un mando intermedio que recibe órdenes y cuya lealtad a Alejandro Toledo y Fernando Olivera, asegura, irá más allá del 2006. "Si yo pudiera garantizar veinte o treinta escaños de mi alianza, el Frente Perú, para la próxima legislatura, esos veinte o treinta escaños podrían ser un blindaje de salida para nuestro régimen actual".

Dice que defenderá a sus superiores con la ceguera de un fanático, pero a la vez no descarta integrar una plancha presidencial, aunque luego dice que no aspira a nada. "Ya tuve lo que tenía que tener, no tengo ninguna codicia política. Yo ya puedo vivir de mis rentas políticas". Otra vez Pacheco en su máxima expresión y uno lo imagina, con su impostada voz, contándole a sus nietos que un día presidió la Comisión de Relaciones Exteriores, que presidió la Comisión de Justicia y Derechos Humanos, que fue vicepresidente del Congreso y portavoz de su partido y, cuando muera, uno quisiera que cumpla su último deseo: "Yo no quiero decirlo aquí, pero me gustaría enterrarme en Barcelona". ■



"Soy escudero de dos caballeros, Fernando y Alejandro, y de una Dulcinea, que es Eliane Karp", dice Pacheco